

El club que nunca dejó de mirar el río

Hay aniversarios que se celebran con una torta, una foto y un brindis. Y hay otros que obligan a detenerse un momento para mirar hacia atrás. Porque ciento veinte años no son una cifra: son una vida entera. Son generaciones que nacieron, crecieron y se fueron mientras un mismo edificio seguía esperando junto al río. El Club Regatas Concordia cumple hoy ciento veinte años y, más que una institución deportiva, es un pedazo de la memoria de esta ciudad. Una memoria que, como suele ocurrir con las cosas importantes, muchas veces permanece en silencio hasta que alguien decide volver a nombrarla.

El Regatas nació oficialmente el 13 de julio de 1906 con un objetivo muy claro: difundir el remo y acercar a Concordia al río que le dio origen. Pero las historias verdaderas nunca empiezan el día en que se firma un acta. Empiezan mucho antes, cuando alguien tiene una idea que parece imposible. Un año antes de la fundación, el 9 de julio de 1905, las aguas frente al puerto fueron escenario de una regata en faluas de la Armada. Aquella jornada no fue solamente una competencia deportiva; fue el primer latido de una institución que todavía no tenía nombre, pero ya tenía alma.

Y esa primera página de la historia guarda un detalle que merece ser contado una y otra vez. Las protagonistas fueron mujeres. Ellas promovieron aquel encuentro, participaron de la regata y ocuparon un lugar central en un tiempo en el que casi todos los espacios públicos y deportivos parecían reservados para los hombres. Mientras la sociedad todavía discutía qué podían o no podían hacer, ellas ya estaban remando. Tal vez sin saberlo, estaban sembrando una semilla que atravesaría generaciones. Hay historias que parecen dormidas durante décadas, pero nunca desaparecen; simplemente esperan el momento indicado para volver a florecer.

Durante muchos años el remo fue el corazón del Club Regatas. Desde sus muelles partieron miles de paladas, se formaron deportistas, crecieron familias enteras alrededor de una embarcación y el río dejó de ser un paisaje para convertirse en una escuela de vida. Allí se aprendía a remar, pero también a esperar, a confiar en el compañero, a entender que ningún bote avanza si cada uno tira para un lado distinto. Los trofeos llegaban como consecuencia del esfuerzo, pero jamás fueron lo más importante. Lo verdaderamente valioso era la comunidad que se construía alrededor del agua.

Sin embargo, ninguna historia centenaria está hecha solamente de días felices. También existen los silencios. Existen las épocas en las que los galpones parecen demasiado grandes porque faltan voces, los botes permanecen inmóviles durante

semanas y el río sigue corriendo con la misma fuerza mientras desde la costa ya casi nadie lo mira. Entre 2016 y 2023 el remo atravesó uno de esos momentos. Fueron años difíciles, en los que la actividad prácticamente desapareció y pareció alejarse de aquello para lo que el club había sido creado. Hubo quienes pensaron que aquella historia estaba llegando a su final.

Pero los clubes de verdad tienen una extraña manera de resistir. No sobreviven por casualidad ni por inercia. Sobreviven porque siempre aparece alguien dispuesto a volver a empezar. Alguien que abre un portón cuando todavía no amaneció, que limpia una embarcación cubierta de polvo, que convence a un chico de probar una sola vez o que dedica horas que nadie ve para que una tradición no desaparezca. Las instituciones no renacen gracias a los discursos; renacen gracias a las personas. Y fue precisamente eso lo que comenzó a suceder a partir de 2023, cuando una nueva conducción del área de remo decidió devolverle al club su razón de ser.

Entonces ocurrió algo que parece escrito por el propio río. Más de un siglo después de aquella primera regata de 1905, las mujeres volvieron a ocupar un lugar protagónico. No como una concesión ni como una excepción, sino como protagonistas de un presente construido con esfuerzo. Hoy integran el corazón del equipo de remo, entrenan todos los días, representan al club en cada competencia y han conseguido victorias en categorías que durante décadas parecían pertenecer exclusivamente a otras instituciones de la región. Es imposible no pensar que, de algún modo, aquellas mujeres pioneras siguen remando en cada una de ellas.

Los resultados deportivos son importantes, pero hay algo todavía más valioso. Volvieron los chicos. Volvieron las familias. Volvió el movimiento en el galpon, el sonido de los remos apoyándose sobre los botes, las madrugadas antes de una regata y las tardes en las que el río vuelve a llenarse de embarcaciones. Porque cuando un deporte renace en un club no solamente aparecen medallas: vuelve una cultura, una manera de vivir, una identidad que parecía perdida. Y eso vale mucho más que cualquier podio.

Después está el río. Siempre el río. Ese compañero inseparable que da vida al club y, al mismo tiempo, lo pone a prueba una y otra vez. Las inundaciones forman parte de la historia del Regatas tanto como las competencias. El agua entra sin pedir permiso, cubre el predio, deja barro, obliga a levantar embarcaciones y a empezar de nuevo. Cualquier otro lugar podría cansarse de repetir la misma historia. El Regatas no. Porque aprendió hace mucho tiempo que amar al río también significa aceptar sus caprichos y comprender que ninguna creciente dura para siempre.

Quizás por eso el edificio sigue allí, firme, mirando hacia el agua como un viejo centinela. Hay algo profundamente simbólico en esa imagen. El Club Regatas lleva ciento veinte años de cara al río, mientras la ciudad, muchas veces, parece haber

elegido caminar en sentido contrario. Es una metáfora difícil de ignorar. Porque cuando una comunidad deja de mirar el río, también comienza a olvidarse de la historia que nació en sus orillas. El agua sigue pasando, pero la memoria empieza a quedarse quieta.

Una ciudad no pierde su identidad cuando cambia su paisaje. La pierde cuando deja de recordar por qué ese paisaje fue importante. El río hizo crecer a Concordia, le dio trabajo, comercio, encuentros y también deporte. El Regatas fue uno de los guardianes de esa relación durante más de un siglo. No solamente cuidó embarcaciones; cuidó historias. Conservó nombres, gestos, costumbres y valores que fueron pasando de generación en generación como se pasa un remo antes de largar una carrera.

Por eso este aniversario no debería ser solamente una celebración para quienes forman parte del club. También debería ser una invitación para toda Concordia. Una invitación a volver a mirar el río con los mismos ojos de aquellos hombres y mujeres que entendieron que allí había mucho más que agua. Había identidad. Había futuro. Había una forma de encontrarse con el otro. Y quizás todavía estemos a tiempo de recuperar esa conversación que la ciudad fue dejando en pausa durante demasiado tiempo.

Porque los clubes no cumplen años. Cumplen promesas. La promesa de mantener encendida una historia cuando todo parece empujar hacia el olvido. La promesa de recibir a un chico que nunca remó y mostrarle que el esfuerzo compartido siempre lleva más lejos que el talento individual. La promesa de seguir abriendo sus puertas incluso después de las inundaciones, de las crisis económicas, de los cambios de época y de los silencios. Hace ciento veinte años que el Club Regatas Concordia sostiene esa promesa con una obstinación admirable.

Ojalá este aniversario no sea solamente un homenaje al pasado. Ojalá sea el comienzo de una nueva costumbre. La de volver a caminar hasta la costa, detenerse un momento y mirar el río. Porque mientras haya alguien dispuesto a empujar un bote al agua antes del amanecer, mientras una niña descubra que también puede escribir su propia historia sobre esas aguas, mientras exista un club que resista las crecientes sin dejar de creer en el día siguiente, habrá esperanza. Y porque, al fin y al cabo, el agua siempre termina bajando. Lo único verdaderamente peligroso es el olvido. El Club Regatas nunca dejó de mirar al río. Tal vez haya llegado el momento de que Concordia vuelva a mirarlo también.